

GENEROSIDAD DE LA IGLESIA.

*Vis sanus fieri?... Surge, tolle grabatum tuum,
et ambula.*

¿Quieres ser curado?... Levántate, coge tu ca-
milla, y anda.

(JOANN. V. 6 et 8.)

¡Qué débiles son los esfuerzos del hombre, cuando los emplea contra los designios de la Omnipotencia! ¿Qué ha conseguido la impiedad, desde el origen ó establecimiento de la religion, con poner en ejercicio todos sus ardidés, y en movimiento todos sus resortes, para arrancarla del corazon de los discípulos del Crucificado? ¿Qué ha adelantado, con esparcir por todas partes multitud de libros seductores, de folletos adornados, con una excesiva profusion de las envenenadas flores de una falsa elocuencia, de escenas escandalosas, de dicitorios picantes, todo con el depravado fin de retraer de la fé á los verdaderos creyentes? Apenas el cristiano empieza á sentir que ceden, en parte, estas traidoras sugerencias, cuando se dispone á romper las cadenas de su opresion, declama contra el estado de violencia en que se le ha tenido; y como la inclinacion natural redobla sus esfuerzos, en razon de la resistencia que se le opone, no para hasta recobrar plenamente su libertad, y poder ostentar con orgullo sus religiosos sentimientos.

Así es, á la verdad, cristianos; pero ¿me permitireis que descubra el fondo de mi corazon? ¿Llevareis á mal, que con mi acostumbrada sinceridad, os diga, que la alegría que me ocasionan semejantes escenas, no es pura, porque vuestro desengaño no es completo? Decidme, si no, ¿quién se esmera en reformar sus costumbres? ¿quién ha dicho un eterno adios á sus desórdenes? ¿quién se ha desnudado de sus funestas preocupaciones? ¡Ay! en vez de la moral sublime de Jesucristo, yo veo pupular entre los cristianos máximas carnales y groseras. Yo os veo inclinados á esas absurdas creencias, de que la religion cristiana se vale de horribles calabozos, de extraordinarios é insufribles tormentos, para castigar las culpas, y aún las debilidades de los hombres. ¡Funesto engaño! No negaré que, alguna vez, use de

rigor, pero esto lo hace tan solo, cuando la pertinacia de sus pérfidos hijos la pone el azote en la mano.

Si quereis persuadiros de esta verdad, leed el Evangelio de este dia. En él vereis que, en vez de hogueras encendidas, tiene deliciosos baños de aguas salutíferas, destinados á purificaros de los fétidos humores del vicio, á lavar el alma de la fea mancha de las culpas y asegurar así la verdadera felicidad á los que, de otra suerte, perecerian sin remedio. Acercaos al sagrado tribunal de la penitencia, y vereis una copiosa multitud de enfermos, ciegos, cojos, paralíticos, no ya esperando á que baje el ángel del Señor á mover sus aguas, para conseguir la salud de sus dolencias, como los que esperaban en la piscina de Jerusalem, sino llamados, atraídos, arrastrados por las amorosas voces de la Iglesia y de sus ministros, á participar todos, todos, sin excluir á uno solo, de las infinitas misericordias del Señor.

No espereis que venga á divertirlos con frases pomposas; pero tampoco debeis temer que haya de aterrarlos con los espantosos juicios del Señor. Haceros creíble y amable nuestra divina religion, exponiendo á vuestra consideracion la dulzura y suavidad de su carácter, por el anhelo con que busca, y por la generosidad con que ofrece perdonar aún á sus mayores enemigos, hé aquí mi principal, mi único objeto. Pidamos la gracia. A. M.

1. Es muy natural al delincuente el deseo de que queden impunes sus delitos. Pasados los momentos en que satisfizo los deseos de su pasion, y restituidos á su alma el conocimiento y tranquilidad de que en todo ó en parte le habian privado, luego se le representa el austero semblante de la justicia, que, inflexible, le amenaza con el castigo, proporcionado al número y gravedad de sus crímenes. Esta idea le incomoda, le asusta, le hace odiosa la justicia divina, y le estimula á poner en ejecucion todos los medios de huir ó evadirse de su dominio; y si se le presentase un poder, que le asegurara el perdón de todos sus crímenes, se someteria gustoso á su imperio, aunque fuera el más detestable, y se viera precisado á renunciar la fé del verdadero Dios. ¡Qué ceguedad tan funesta! ¡Qué inmensa desventura la del pecador que se halla en semejante situacion! Esto mismo que con tan vivas ansias desea, y más aún de lo que él ni se atrevería á desear, se lo ofrece la religion; y él, ó no lo vé, ó tiene la insensatez de despreciarlo. Yo no sé por qué se imagina el impío tan terrible y espantosa la religion de Jesucristo y sus santos sacramentos. Figúrasele ver, sin duda, en el Dios de los cristianos un enemigo implacable de la especie humana. Infinitamente ofensiva es, por cier-

to, semejante idea respecto á un Dios, cuya misericordia y amor al hombre no tienen límites! Subid hasta el origen de la religion divina, y por su carácter os convencereis de tan horrenda falsedad.

Adán; el primero, el mayor, en cierto sentido, de los pecadores, es amorosamente buscado y dichosamente conducido á la bienaventuranza en las alas de esta religion. Continuando despues la admirable historia de sus progresos y vicisitudes, consultad á tantos pecadores, á tantos incrédulos, que por la clemencia infinita de Dios han abjurado sus errores, y abandonado la senda del vicio; consultadlos, y les oireis decir, que son innumerables las misericordias del Señor. Preguntad á los fratricidas hijos de Jacob, á los extremadamente criminales ninivitas, al rey adúltero y asesino, á los más famosos pecadores, cuál es la conducta que observó con ellos la Providencia, luego que se determinaron á reconocerla. Pero nosotros estamos mucho más adelante: Nazaret, Belen, Samaria, Betania, Jerusalem, el Cenáculo, el Huerto de las Olivas, el monté Calvario.... ¡Ah! ¡cuántos y cuán elocuentes panegiristas tiene la misericordia ilimitada del Señor! ¡Cuántos y cuán irrecusables son los testimonios que nos ofrece de un amor extremado, de un amor divino, de un amor infinito!

Pero aún es poco todo esto: ya debemos considerar como poco expresivas las consoladoras y enérgicas parábolas de la mujer, que halla la dracma perdida; del pescador, que indistintamente reúne en su red todo género de peces; del pastor, que lleva sobre sus hombros la oveja extraviada; del padre, que hace los mayores extremos de amor con el hijo rebelde....: todas estas figuras deben huir á presencia de la realidad; todos estos y los demás símbolos de nada pueden servir á quien ha visto un Dios hecho hombre, cargado de todas las miserias, marcado con el sello de la culpa acercarse á la piscina, en que solo podia sanar ántes el que llegaba primero al movimiento de las aguas, y convidar al paralítico, que no tenia quien le condujera, iustarle, darle, en fin, la salud que tanto anhelaba.

¡Oh amorosísimo Redentor! ¿y se gloria de su saber el incrédulo? ¿Será racional el hombre, que acusa de severa é intolerante la religion que vos mismo fundasteis? ¿Será posible, que cuando todos los seres irracionales y aún sin vida publican vuestra divinidad, vuestro poder, y le excitan al conocimiento y amor de vuestras bondades, solo él se obstine en desacreditar é impugnar la religion que les predica?

Deponed, pecadores, deponed el vano y pueril terror que os aleja de la religion, que os la hace despreciable y odiosa. No creais que para vosotros está interceptado el camino de la salud; todos los peca-

dores son acogidos con clemencia, cuando vuelven reconocidos al seno de la religion cristiana. Desengañaos; ésta nada tiene de terrible y austero; su carácter es muy diferente, es diametralmente opuesto á la idea que os ha hecho formar un enemigo, que os aborrece á vosotros, tanto como á ella: es su carácter de paz, de dulzura, de amor. Conociendo la miseria del hombre, su objeto principal es aliviarle, ponerle á salvo de sus desgracias á que ésta le conduce.

2. El divino Fundador de esta religion desplegó, en el tiempo de su carrera mortal, el mismo carácter de tolerancia y benignidad. Despreciando los insultos de los groseros judíos, se familiariza, se acompaña públicamente con los pecadores; y cuando el hipócrita fariseo murmura acerca de esta conducta, le responde amoroso, que el fin de su venida á la tierra ha sido precisamente sacar á los pecadores del abismo de su miseria, salvarlos de su perdicion (Luc. xix, 40). Y por si acaso sus promesas no han logrado desengañarlos completamente, recurre á hechos positivos: permite que uno de sus amigos, un apóstol, un Pedro, dé una lastimosa caída, en el tiempo mismo que está palpando el cumplimiento de las profecías, que demuestran, hasta la evidencia, la divinidad de su persona; y léjos de abandonarle en justo castigo de su enorme crimen, parece como que se olvida de los tormentos que está padeciendo, por atender á la urgente necesidad de su apóstol. No solo santifica su alma, haciéndole participar el copioso fruto de la redencion, sino que le hace acreedor al honor más elevado, á la más excelsa dignidad que vió jamás el mundo, al cargo de administrador supremo de todas sus gracias, pastor de los mismos apóstoles, su vicario, ó lugarteniente en la tierra, sumo sacerdote de su Iglesia, centro y cabeza de su divina religion.

Detengámonos un momento á ponderar semejante conducta. ¿Qué os parece más digno de admiracion en Jesucristo, la generosa clemencia con que perdonó el pecado de Pedro, ó la sábia economía con que, por su medio, quiere facilitar á todos la remision de los nuestros? En el momento en que el imprudente discípulo consume su enorme crimen, es completamente perdonado, buscado, engrandecido por aquel Señor á quien acaba de ofender: él es precisamente elegido para dispensador de todas las gracias; en él se deposita la potestad suprema para perdonar á los pecadores; él es el sacerdote superior, el maestro universal de la religion cristiana; á él se le confiere la facultad de enviar por todo el universo ministros inferiores; se le autoriza para dictar leyes á la Iglesia, y prescribir las reglas que debe observar en la augusta ceremonia de perdonar los pecados.

Hé ahí, oyentes, los que, movidos de un celo indiscreto, censurais

tan ágricamente los desórdenes del clero; los que, miserablemente seducidos, juzgais desacreditar la religion, ponderando los excesos de sus ministros; hé ahí uno de los designios que emplea la Providencia, para proporcionarnos á vosotros el perdon y la misericordia! Cierto es; los sacerdotes sucumbimos tambien á la tentacion; pecamos; pero lo permite un Dios infinitamente bueno para que sepamos por experiencia propia, cuánta es la debilidad de nuestra naturaleza, cuánta la violencia de nuestras pasiones, y cuán tristes los resultados de la culpa. Permite que tengan necesidad de ser perdonados los que tienen la comision de perdonar á los otros, para que aprendan en sí mismos la conducta que deben observar con sus hermanos, para que los traten del modo que ellos desean ser tratados. Permite que Pedro caiga en la tentacion, para que pueda dirigir sábiamente á todos los ministros de la Iglesia, exhortándolos á que imiten con sus penitentes la conducta que Jesucristo observó con él, llamándolos con instancias, buscándolos con esmero, atrayéndolos con agrado, concediéndoles la absolucion de todas sus culpas, por más graves y numerosas que sean, en el momento que las detesten con sinceridad, y franqueándoles todos los tesoros de su Iglesia.

Acudamos, pues, todos á este puerto de salvacion. Lleguemos presurosos; no queramos perder esta oportunidad tan ventajosa que nos presenta, abriéndonos las puertas de la misericordia. Escuchemos sus voces amorosas: *Vis sanus fieri?* nos dice, como Jesucristo al parálitico: ¿quereis conseguir una remision completa, de todas vuestras culpas? ¿quereis purificar vuestras almas en la sagrada piscina? Venid á mí; acogeos á mi piedad, que á todos alcanza; pedidme el perdon, y aún sin pedirlo, con solo desearlo, lo conseguireis. Venid; que para los que llegan contritos y confiados, no tengo esas hogueras, esos horribles tormentos, con que procuran intimidaros algunos poco instruidos en la verdad, ó demasiado adelantados en la malicia; tengo, sí, dispuestos unos deliciosos baños, una saludable piscina, cuyas aguas refrigerarán el fuego de vuestra concupiscencia, mitigarán el volcan de vuestras pasiones, os limpiarán completamente de la lepra más inveterada, desarraigarán las enfermedades más envejecidas, cicatrizarán las llagas más profundas y cancerosas, y asegurarán vuestra salud eterna. Venid confiados; yo os ofreceré los medios más oportunos y seguros para evadiros de todos vuestros compromisos, para superar tantas dificultades. Venid; no temais la indignacion de una madre á quien habeis injuriado, causado tantos perjuicios, robado tantos hijos, deshonorado con tantas blasfemias, manchado con tan abominables torpezas, y herido en lo íntimo de su corazon con tan

enormes sacrilegios: yo doy al olvido todo esto en el momento que volveis á mí, y solamente tomaré las saludables precauciones que juzge necesarias, para evitar la recaída, y haceros caminar sin intermision por el camino, que solo puede conducirnos á la mansion de los bienaventurados.

¿Qué hacemos en este estado de inaccion, pecadores? Resolvámonos de una vez; marchemos presurosos á ese puerto de salvacion; corramos á ampararnos de él, ántes que se nos cierren las puertas. Y pues él solo es capaz de asegurar nuestra libertad, nuestra independencia, nuestra eterna dicha, acojámonos á su amparo y aseguremos para siempre tan preciosos objetos. Amen.

DIVISIONES SOBRE EL MISMO ASUNTO.

GENEROSIDAD CRISTIANA.—La generosidad cristiana exige, que tengamos esperanza, aún en medio de nuestra mayor debilidad.

La generosidad cristiana exige, que nos preparemos, aún cuando nos reconozcamos fuertes.

La generosidad cristiana exige, que nos humillemos, aún despues de obtener grandes victorias.

GENEROSIDAD CRISTIANA.—La generosidad cristiana exige, que no vivamos descuidados, y que no nos fiemos de nuestros más insignificantes enemigos.

La generosidad cristiana exige, que no transijamos jamás con los enemigos de nuestra salvacion.

La generosidad cristiana exige, que miremos á los enemigos de Jesucristo y de su Iglesia como enemigos nuestros.